

## LA ESPERANZA, EN EL BTO. RAMON LLULL (\*)

### 3) LA CARIDAD TODO LO ESPERA = (I Cor. 13, 7).

*"La verdadera esperanza está animada por la caridad. Lo trágico de la esperanza es la angustia por la salvación del otro. El misionero es aquel que ha sentido esa tragedia que ha vivido realmente el drama de la pérdida de otras almas y que ha sido impulsado, por amor, a esperar para ellos y a operar; movido por esa esperanza, las obras de amor que acaso las salven"* <sup>108</sup>.

Me ha parecido que en estas líneas se trazaba el retrato moral de Ramon Llull. Se le ha llamado el apóstol de Africa . . . : sus viajes a Túnez, Bujía etc. sus discusiones con los sarracenos, su celo para lograr la fundación de colegios en los que se formarán apóstoles de esas tierras, bien le merecen el título de misionero. Y él sintió como pocos de sus contemporáneos la angustia por la salvación de los "otros". El mismo se llamó el "postulador de los infieles".

Para esperar por los demás se requiere una gran caridad, un amor previo que no parece ser otro sino el amor sobrenatural: el amor a Dios sobre todas las cosas que tenía el ardiente Ramon. Ante esta teoría hay diversos pareceres, unos creen que la esperanza informe es siempre individualista, sólo al ser informada por la caridad adquiriría su dimensión católica; otros dicen, que basta el puro amor de benevolencia natural, para poder esperar para los demás la salvación eterna.

Será suficiente un amor que una con los demás y haga mirar como propio el bien de ellos para que la esperanza sea comunitaria. Ambos amores, el natural y el sobrenatural poseía Llull en grado eminente. Su encendida caridad le llevaba a desear sobre todas las cosas la gloria de Dios y que Cristo fuese conocido y reverenciado por todos los hombres.

La pérdida de las almas de los infieles, los tormentos que se usaban en aquél tiempo contra los herejes, le dolían a él en lo más vivo y profundo de su ser. No quería esos castigos de los cuerpos quien vivía para la salvación de

---

(\*) *Estudios Lulianos*, X, 1966, 141-152; XI, 1967, 141-152; XIV, 1970, 153-161.

<sup>108</sup> *Essai sur le mystère de l'histoire*, p. 341 (citado por Laín Entralgo en *La espera y la esperanza*, p. 358).

las almas y pedía que se usasen todos los medios posibles para llevar al buen camino a aquellos extraviados. ¡Cuánto sufrió Ramon, cuánto esperó y se afanó por las almas de sus hermanos!

Menéndez y Pelayo nos presenta como en síntesis los grandes deseos del Doctor Iluminado concretados en *tres ambiciones* cuyas características:

“—*La Cruzada a tierra Santa*

—*La predicación del Evangelio a los judíos y musulmanes.*

—*Un método y una ciencia nueva* que pudiese demostrar racionalmente las verdades de la religión para convencer a los que viven fuera de ella. Aquí está la clave de su vida: cuanto trabajó y viajó y escribió se refiere a este objeto”.

Otros deseos podríamos añadir nosotros a estos que cita<sup>109</sup> Menéndez y Pelayo.

1º Su afán por *procurar la unidad de todos los cristianos* que hacen de la persona del Beato Ramon Llull una “figura de actualidad”: trabajó sin descanso por esta causa, y quedan como testimonio de ella sus escritos: “Liber de Sancto Spiritu”, “Quomodo Terra Sancta recuperari potest”, “Liber de quinque sapientibus”, “Petitio ad Coelestinum V”, “Petitio ad Bonifatium VIII”, “Liber de fine”, “Liber de adquisitone Terre Sanctae”<sup>110</sup>. Estuvo en Oriente, y propugnó una amplia y eficaz labor unionista.

2º *El martirio*: Fue el objeto más codiciado de sus ansias;

“Tanto se tarda, Señor, el día en que yo sufra el martirio por amor vuestro, en medio del pueblo, confesando la fe cristiana que todo me siento consumir como en agonía *de deseo* y añoranza, en tanto no llega ese instante cuando me vea en medio de la turba, torturado como un león u otra fiera selvática, a la que los cazadores la cercan, acosan y despedazan”<sup>111</sup>.

Este tema del derramamiento de sangre por amor, se repite como obsesión fija a lo largo de todo el libro “De Contemplació en Déu”. La muerte voluntaria por el Amado eran para Ramon la mayor prueba de amor y el logro de la ansiada unión con Dios.

*La esperanza de Llull*, que resume todos sus deseos, fue el ver establecida en todas partes la unidad de los espíritus en un mundo organizado jerár-

109 *Historia de los heterodoxos españoles*, edic. cit., vol. cit, 324.

110 GARCÍAS PALOU, S., *Las “rationes necessariae”, del Bto. Ramon Llull, en los documentos presentados, por él mismo, a la Sede Romana*, Estudios Lulianos, VI, 1962, 311–325.— ID., *Los escritos del Bto. Ramon Llull relativos al Oriente cristiano*, Estudios Lulianos, XIV, 1970, 199–225.

111 *Libre de contemplació en Déu* cap. 136, edic. Obres de Ramon Llull, II], Mallorca, 1909, p. 217, n. 21.

quicamente bajo la primacía de lo espiritual; quiso que una religión universal —la de Cristo— reinara en todo el mundo y para lograrlo ofrecía un método de razonar universal; “Si ha sido despreciado su Arte o ridiculizada su vida ha sido por haber desconocido su designio e ignorado su realización”<sup>112</sup>.

4) *LO DESCONHORT* = El desconsuelo de Llull animado por la esperanza cristiana.

Era el año 1294, Llull había viajado por Oriente y Occidente, sus peticiones a Papas y a Reyes, sus luchas por el éxito de sus planes de apostolado y de reforma, eran conocidos de todos, había escrito muchos libros, opúsculos y tratados y un día “se cansó la paciente esperanza de aquel anciano longánime, caballero andante de Jesucristo, desconfió ya de conseguir nada, y a medio camino de su deseo, con la enflaquecida cara entre las manos con el pecho roto y sumido, sollozó dolorosamente la canción del Desconsuelo”<sup>113</sup>.

El título es de por sí significativo y elocuente: “Este es el Desconsuelo que el Maestro Ramon Llull hizo en su vejez cuando vio que ni el Papa ni los otros señores temporales no quisieron poner orden en la conversión de los infieles según fueron requeridos por él muchas y muy varias veces”.

Consta este canto de sesenta y nueve estrofas monorrimas de doce versos alejandrinos cada uno; son lamentaciones rimadas de gran intensidad expresiva... Ramon las desgrana buscando consuelo en su diálogo con el ermitaño que no es más que el propio Llull desdoblado.

Este poema es uno de los *momentos culminantes de la vida* del Beato que fue, como vimos, por su temperamento, toda optimismo o depresión, llama o ceniza. Estamos en una crisis de desaliento.

Después de darnos un breve resumen de su historia, de sus trabajos y afanes nos expone la causa de su gran tristeza: No haber conseguido nada:

“En este santo negocio (dar a conocer la fe católica) me he ocupado por espacio de treinta años y en verdad que nada he podido alcanzar; y por esto estoy tan triste y tan a menudo lloro, que me veo reducido a grande flaqueza”<sup>114</sup>.

<sup>112</sup> *Historia del pensamiento*, edic. cit., p. 397.

<sup>113</sup> RIBER, L., *Raimundo Lulio*, Barcelona—Madrid, 1949, p. 132.

<sup>114</sup> Traducción de los versos 34—36 del *Desconhort*, edic. Obres de Ramon Lull, XIX, Mallorca, 1936, p. 220.

Los textos siguientes son traducción en prosa, debida a Mn. Riber (ob. cit., 134 ss.) de distintos pasajes del mismo *Desconhort*, a partir del v. 41 (edic. cit., p. 221 ss.).

Enojado se va a un bosque donde encuentra a un ermitaño —el propio Ramon— con el que entabla diálogo . . . Preguntado cuál es la causa de su tristeza dícele que:

“Yo tenía y sentía tal mal, que ni él, ni otro podrían darme consuelo; porque el enojo es tan grande a proporción de lo que perdemos. Y dije que nadie en el mundo podría darme ya lo que perdido había”.

—¿Y qué habéis perdido?

—“Oh ermitaño! Si yo pudiera llevar a feliz término lo que respecto a Dios tan largamente he tratado, no perdiera yo, cosa alguna ni menos me quejara; antes ganaría tanto que los que viven en error vendrían a convertirse y los cristianos poseerían el Santo Sepulcro de Jesucristo. Mas por culpa de aquellos a quienes Dios honra más, que no sólo no quieren oirme, sino que me tienen a mí y a mis palabras en nada, como a hombre que habla neciamente y sin discreción, pierdo el trabajo que hago por honra de Dios y de las gentes”.

El temple de Ramon nunca se hunde de un pesimismo absoluto, en seguida surge la esperanza en su Arte y “Aún os he de decir que traigo un Arte general” . . . pero ésto también le falla pues: “La tiene por perdida porque casi nadie le entiende ni la aprecia y esto aumenta su tristeza y lágrimas”.

Como tema musical de su sinfonía repite constantemente Llull su confianza en Dios. Es verdad que ha pecado mucho en su vida pasada y que, como dice el ermitaño, Dios no quiere ser servido por hombre culpable; pero “él ya se ha confesado y desde la hora en que Jesucristo se me apareció crucificado y confirmó querer con su amor, no caí jamás, a sabiendas, en pecado mortal”.

“Podría ser que por lo que hice siendo ciego y amante de las vanidades del mundo, no me vea ahora ayudado por Jesucristo en el bien que proyecto; empero, injuria me haría Dios, si no me ayudase, porque le amo y por su amor he dejado el mundo”.

Su osadía es magnífica, está más seguro de la misericordia y bondad de Dios que de sus propios pecados.

Ramon se defiende a continuación de todas las acusaciones que su espíritu le presenta, —quiere justificarse a sí mismo— y también de aquellos defectos que pudieran achacarle sus contemporáneos por boca del ermitaño; *no es avaro*:

“sé cierto que codicia de dinero y de honra en mi nunca halló cabida, muy al contrario, siempre he gastado en este negocio, de mi caudal, con tanta largueza que mis hijos todos quedaron en pobreza. No puedo, por lo tanto ser reprendido de avaricia. Ni podría yo dar mucho a los hombres, porque no soy rico ni soy señor de villas, ni ciudades. Así que, no me inculpéis y os

aseguro que si fuese señor de imperio o de reinado no dejaría de dar de lo mío hasta que fuese acabada la empresa”.

*Ni es poco discreto o inconstante.*

“Sabed que dejé por esto, esposa, hijos y heredades y que pasé treinta años de trabajos y congojas. Cinco veces fui a la corte romana, a mis expensas; he asistido a tres capítulos generales de Predicadores y a otros tres capítulos generales de Menores; y si supieseis lo que he dicho a Reyes y a grandes señores y cuánto he trabajado, no dudaríais de mi constancia, ni me tuvierais por negligente en este negocio, antes me compadecierais si sois hombre piadoso”.

*No busca su propia gloria:* “Nunca en mi hubo intención de hablar de este negocio por alabanza mía la cual no parece bien en hombre pecador como yo”.

*Ni esconde la ciencia que Dios le ha dado:*

“Ermitaño, ¿cómo pensáis que yo esconda tal ciencia, cuando con ella se puede incontestablemente probar nuestra fe? ¿Cómo pensáis que la oculte a los hombres errados que por mi saber pueden alcanzar la salvación de Dios, a quien quisiera tanto amasen? Os aseguro que estoy cansado ya de enseñar?”

Su pena es inmensa porque nadie va a convertir a los sarracenos ni a evangelizar a los tártaros; no quiere descansos para su cuerpo, como lo aconseja el ermitaño, se consume en deseos y *se consuela con la esperanza del poder de Dios*. Pero esta esperanza no le impide atormentarse y trabajar... Al contrario, reprende al ermitaño que le presenta las cosas de muy otra manera a como él las ve, no hay que confiar en Dios y dejar que El lo haga todo. El hombre debe cooperar, predicar y no creer en que “cuando Dios quiera se producirá la entera conversión del mundo”.

“Lo que decís no me satisface, antes pecáis mucho al asegurar que todas las cosas están ligadas, que en la actualidad no es posible la conversión de los infieles, y que Dios no pueda ayudarles en el negocio de su honra. Por lo cual vuestro hablar mucho me desconsuela”.

Ni es excusa para no ir a evangelizar, el decir que es mejor conservar lo que se ha ganado que ir a convertir a los que están lejos y que es mejor cuidar a los cristianos y dejar en paz a los sarracenos”:

“Si los religiosos, predicadores, menores, clérigos, seglares, monjas, abades y priores fuesen pocos, sería más prudente y acertado lo que me decís. Mas en nuestra santa religión cristiana hay muchos hombres valerosos, dispuestos a morir por la honra de Dios, y ellos bastan para nosotros y para los infieles”.

El carácter entero de Ramon y su *incansable esperanza* se ve retratado en estas líneas:

“Ermitaño: el que de veras quiere servir y honrar a su buen señor, por ninguna cosa debe dejarse ni cansarse de bien servirle”... “Lo que no es



dable en un tiempo llevar a cabo, si bien se sabe cuestionar, en otro se podrá hacer: A quien empieza buena obra, no le queda por hacer tanto, y si los primeros hacen poco, los otros podrán hacer más”.

Eso no le impide desahogar su gran dolor con expresiones como estas:

“¡Oh Señor glorioso! ¿Hay en el mundo martirio como el que sufro, cuando veo que no os puedo servir ni tengo quien me ayude? ¿Cómo quedará este Arte que me disteis, de la cual puede seguirse tanto, bien? Mucho temo que después de mi muerte, no se pierda; porque según veo, ningún hombre la sabe cual yo quisiera, sin que pueda obligar a que la oiga. ¡Ay triste de mí! Si ella se pierde, ¿qué os podré decir, Señor, a Vos, que me la disteis para que la extendiese?”

Se quiere consolar pensando en la plenitud de bienes que Dios tiene en sí mismo; pero aquí nos revela una faceta maravillosa de su alma: no puede olvidar a los otros hombres y el honor que deben a Dios: “En lo que Dios es, estoy consolado, pero no lo estoy cuando veo que no es oído, servido, acatado, conocido, ni amado”.

Conoce tan bien a su Dios, que se enoja cuando el ermitaño le dice: ¿Qué le importa a Dios si el mundo no está en buen orden? No puede soportar semejante idea y si “no le refrenase temor de vergüenza de hoy en adelante jamás volvería a hablaros” ¿Cómo puede decir tal cosa? Es sólo porque ama poco al mundo y a los hombres que en él viven:

“Aprended a ser mejor consolador, porque poco sabéis consolar con vuestras palabras. Jamás los pecadores os querrán, porque no tenéis caridad con ellos, estando, como está Dios siempre dispuesto a perdonarles”.

No quiere Ramon pensar, como le insinúa el ermitaño si son más los que se salvan que los que se condenan, él sabe que la “misericordia de Dios es igual que su justicia. De esto el pecador debiera espantarse y cuando ve que no se tributa a Dios el honor que le es debido sus ojos se inundan de lágrimas”.

Hasta ahora Llull se ha apoyado en su confianza en Dios y precisamente el ermitaño viene a decirle que ésta le falla:

“Ramón: si en vos hubiera gran esperanza poco cuidado os diera que el mundo estuviese en mal estado porque Dios, tan piadoso como es, pondrá en breve el mundo en mejor camino, y todos los hombres se alegrarán de ello... si no dejáis la tristeza, demostráis desconfiar de su bondad y misericordia y que sois contrarios de Dios y de su amor”.

Contesta Ramón que lo que él ha perdido es la esperanza en los hombres pero no la esperanza en Dios. Eso sí, es una confianza que no le invita a la inacción sino todo lo contrario:

“Lo que yo suplico y expongo a la Corte de Roma, y al Papa y a los Cardenales, no lo ejecutan antes me lo dilatan; por esto siento tal dolor, que no puedo en cosa alguna alegrarme. En mis súplicas y peticiones les manifies-

to el modo de poner el mundo en orden con brevedad; mas en tan poco me tienen, que se burlan de mí, como de un loco que habla neciamente; de manera que en tales hombres tengo ya perdida la esperanza”.

No sabiendo como consolarle el ermitaño le habla de Nuestra Señora, pues sabe, que el alma de Ramon vibra siempre ante su recuerdo, pero precisamente éste es la causa de su dolor, tan grande que cree morir de tristeza:

“Cuando pienso que la Señora, llena de amor y valor, dueña de justos y pecadores y que todos los santos ruegan a Nuestro Señor para que todo el mundo honre a Jesucristo, y veo que el mundo le hace tanta deshonra, entonces me siento morir de pesar y tristeza”<sup>115</sup>.

Otro motivo de pesar es el fracaso de su Colegio de Miramar que quizá ocurrió por estas fechas. Llull no se consuela de ver su sueño acariciado deshecho, siente toda la grandeza de su decepción, llora y se abate,<sup>116</sup> pero eso no es pecado porque él no rehuye la lucha, no deja al desaliento que le corroe y le aniquila; al ver a Ramon con ese gran dolor nos convencemos de que no es imposible, que es humano y con esto lo sentimos más cerca de nosotros.

Termina el poema con una oración del ermitaño y otra de Ramon poniendo en Dios toda su confianza.

Cuando Ramon ha saboreado los amargos frutos de la desilusión, cuando ha aparecido que el fervor se le apagaba, que el empuje vital se perdía y le quedaban pocas energías, la *esperanza* ha recreado en su alma las potencias de la espera y la ilusión de nuevas conquistas.

Llull vivió en un mundo atormentado, desgraciado, al parecer sin solución, y fue ante los ojos de este mundo “un profesional de la esperanza”.

M<sup>a</sup> ASUNCION SEGUI SERVOLS, RSCJ

---

<sup>115</sup> Traducción de los vv. 577. (edic. cit., p. 243).

<sup>116</sup> *Cant de Ramon*, vv. 13–18, edic. Obres de Ramon Llull, XIX, Mallorca, 1936, 257.